

Hogar Correa-Rius

Una señora muy grande con unas alas enormes

En Colón un refugio para niños y jóvenes es liderado por una mujer que fue monja. Cuando no fue más tuvo marido y lo enganchó, junto con una hija, al tren bala de su vocación maternal. Fabio Guerra

En Colón un refugio para niños y jóvenes es liderado por una mujer que fue monja. Cuando no fue más tuvo marido y lo enganchó, junto con una hija, al tren bala de su vocación maternal. Fabio Guerra

¿Teresita?, pregunto a un señor mayor que está compartiendo el patio delantero de su casa con niños de todos los tamaños y un joven en silla de ruedas. Estamos en el 5502 de la calle Páez Formoso, ex Horizonte, a un repecho de distancia de la plaza Colón. Tres niños entran a llamar a Teresita, e insisto con el señor mayor. ¿Vos sos Enrique?, le digo. Y él confirma. Sale Teresita a recibirme con gorro de lana negro, pelo muy blanco y gesto amable. Luego me guía por el interior de esta casa de bloques sin revocar, que fue incorporando piezas cuando pudo a lo largo de seis años. La gurisada nos corteja con pequeñas excitaciones y no cesa de decirle mamá. Teresita muestra y describe: cuchetas, lavarropas, pieza de arriba que sirve de depósito, biblioteca y despensa; cocina amplia, prendas de todos los talles prolijamente dobladas en roperos que nunca dan abasto, cuatro heladeras (dos funcionando y dos rotas), un gran aro de hierro cementado en tierra que sirve, en verano, para sostener la piscina de lona que recibe –en tandas, supongo– más de 30 zambullidas.

El primer parrillero que levantaron resultó chico, así que construyeron otro a ras del suelo. En ese sí caben 40 chorizos. Las cuerdas de tender ropa están repletas, para siempre.

Teresita me conduce, por un pasaje, a la casa de al lado, alquilada cuando la que acabamos de recorrer fue desbordada por la afluencia de chiquilines. En la habitación principal de la casa de al lado viven Julia, 73 años, y Estela, 87. Teresita presenta a Julia como la más caminadora de las dos y Estela anota: “Sí, ella tiene piernas y yo cabeza”.

Le pido a la presentadora que me deje solo con estas dos amigas. Charlamos en un living modesto, con biblioteca de grandes volúmenes alineados bajo la custodia del busto de Beethoven, que con su oído sordo procura escuchar los bongós que tiene al lado.

Estela es tía de Julia; ambas vivían en La Paz, en la casa paterna de Julia. Cuando el padre de ésta falleció, sus hermanos decidieron vender la casa, y uno de los candidatos a comprarla fue Teresita. Pero Teresita ofrecía pagarla en cuotas, y los hermanos de Julia querían el dinero al contado. Finalmente Teresita pudo comprar otra casa para instalar un hogar –ésta–, y los hermanos de Julia vender la suya al contado. Eso las obligó a buscar un lugar donde vivir. Julia le ofreció a Teresita pagarle, con su parte de la venta de la casa, el alojamiento vitalicio en la de Colón, para ella y Estela. Con un matiz: en su caso no habría ningún otro pago posterior, mientras que Estela continúa aportando mil pesos a este hogar, de los 1.400 que recibe de pensión. Julia se jubiló de maestra, aunque no frecuentó las escuelas. “Como di tantas clases particulares, me la dieron como de maestra. Son 2.400 pesos, y diga que es toda para mí, por suerte. Arreglamos así con Teresita, y ella se portó muy bien, nos aceptó, y nosotras estamos muy cómodas acá. Es como una familia esto, festejamos los cumpleaños y yo entro y salgo cuando quiero, no puedo estar quieta”, comenta Julia, y Estela sube y baja la cabeza. Menciona la televisión. “Sí, tenemos, pero los programas muy relajados no me gustan. Como ese, ¿cómo se llama? Ah sí, Tinelli. Corren desnudos de acá para allá, y hay niños. Deberían prohibirlo”, opina Julia.

Estela trabajó en la Corte Electoral pero sólo durante los períodos de inscripción. “Éramos 200 eventuales, se terminaba el rubro que votaba el Parlamento y para afuera, hasta la próxima vez. Me cansé de entrar y salir. Las que quedaban eran las que tenían club y política y yo no tenía ninguno de los dos. Me desencanté tanto de la política que ni votar quisiera”, dice. Y Julia: “Sí, pero aunque tengas 100 años tenés que seguir votando igual”. Y Estela: “Sí, las próximas elecciones voy a votar arriba o abajo”, sentencia, mientras su índice viaja del techo al suelo y truena una saludable carcajada.

DE RELIGIOSA A MADRE SUSTITUTA. Mi próxima entrevistada es Mariela, 16 años. Su madre murió cuando tenía 6 y este hogar le abrió las puertas, dice. Incluso a su padre, que se vino a vivir aquí y falleció el domingo pasado. “Estuve un tiempo viviendo, con mi hermano, en la casa de unos tíos, pero llegó un momento en que ya no podían tenernos y acá nos recibieron sin condiciones. Mi hermano ahora tiene 19 y se independizó. Aquí hay una calidez especial y te das cuenta de que papá y mamá (alude a Enrique y Teresita) te quieren de verdad. Mismo teniendo a mi padre vivo le decía papá a Enrique.”

Llega Andrea, la hija de Teresita, y nos reunimos cuatro personas –padre, madre, hija y periodista– en el estar de la casa de bloques, donde el frío circula sin cielorraso ni revestimientos que lo atajen. Teresita, 56 años, abre el diálogo. Luego de quince años de ser monja en la orden religiosa Carmelitas de la Caridad y, ante la muerte de su madre, decidió abandonar la vida religiosa y acompañar a su padre, en una casa del Centro. Allí comenzó a recibir hijos de chicas del Interior que venían a Montevideo a buscar trabajo, y se los dejaban. Al año siguiente la que le había dejado uno le traía otro, y algunas no regresaban a buscarlos. Con lo cual Teresita concluyó que lo mejor era fundar un hogar que los contuviera a todos, y asumir el rol de madre. Empezó con nueve gurises y ahora tiene 36: cinco mujeres y tres varones menores de 6 años, nueve varones y nueve mujeres de 6 a 20 años, y seis varones y nueve mujeres de 20 años en adelante. En esta población hay desde jóvenes con problemas de discapacidad hasta cinco hermanos huérfanos de ambos padres. Violeta, una fiel secretaria, la ayuda con todos los trámites legales y Andrea, su hija de 24 años, con la heterogénea familia. Andrea estudiaba medicina y se cambió al curso de educadora social, que realizó en el Centro de Formación del ex Iname, actual Instituto de la Niñez y Adolescencia del Uruguay (INAU). Dice Teresita –que tiene otro hijo biológico, Martín, viviendo en Rivera– que aunque Andrea no lo confiese, el cambio de carrera respondió al deseo de darle una mano en una tarea que, por edad y carencia de recursos, la ha superado tanto a ella como a Enrique.

A él lo conoció gracias a una celestina de túnica blanca. Enrique trabajaba en el sanatorio de Casa de Galicia y Teresita –que también es enfermera– en el Pereira Rossell, ambos a las órdenes de la misma nurse, que los conectó. Ella aceptó casarse cor

una sola condición: no abandonar a los gurises. Él aceptó de tan buen grado que hoy, a sus 64 años, es el responsable de cocinar, todos los días, para el cardumen variopinto de boquitas.

Hace 21 años, cuando llegaron a esta casa en Colón, continúa Teresita, era un rancho. De lata por fuera y por adentro madera, como los que eternizó el poeta Liber Falco. "Lo pintamos y arreglamos para los niños, pero llegó un momento en que no daba más", recuerda la ex religiosa. Cuando no dio más comenzaron a "partirlo" como una torta, para agregarle piezas. Las reformas recién pudieron comenzar hace seis años. Teresita salió a pedir un lugar para alojar a los gurises mientras la casa estaba en obras, pero no se lo dieron. Entonces se amuchaban, todos, en la mitad de una pieza mientras se terminaba de construir la nueva, y tapaban con nailon las camas, por las goteras. Los materiales de construcción sí pudieron conseguirse donados, y la mano de obra la pagaron en cuotas. Muchas veces el albañil iba adelante y el pago atrás, pero felizmente la ampliación nunca se detuvo. Obvio, quedan detalles. Se precisarían más piezas, más muebles, más recursos, porque el año pasado, sin ir más lejos, hubo nueve incorporaciones de un saque: cinco huérfanos y otros cuatro hermanos provenientes de familias con distintos problemas. Entonces la casa de al lado, que fue alquilada pensando en alojar allí a adultos mayores que pudieran contribuir con algo de dinero a sostener el hogar, tuvo que destinarse a alojar niños y jóvenes. Porque la demanda crece "y con Enrique nos damos cuenta, luego de haberle dado techo, comida y afecto a estos niños durante toda nuestra vida, que necesitamos ayuda. Solos ya no podemos, aunque te digo que nunca los abandonaré. Desde niña sentí que la tragedia más terrible que puede padecer un niño es no tener madre. Yo los siento como hijos y les doy todo. Porque sólo das todo cuando sentís profundamente. Y yo siento, y he comprobado aquí, que hay hijos del vientre e hijos del corazón. Acá son todo uno", subraya la responsable del Hogar Correa-Rius, cuyo teléfono es el 320 1478.

ENTRE MIEDOS Y APERTURAS. Teresita escribió, dice, una carta al presidente de la República, Tabaré Vázquez, detallando su obra y solicitando ayuda, y desde Presidencia la derivaron al Ministerio de Desarrollo Social. "Estamos esperando que nos respondan", acota. Nunca fue amiga de hacer convenios con el ex Iname, porque tiene pánico de que le "saquen" alguno de sus hijos, como relata que una vez le ocurrió. "Además, los niños del Iname son niños del Estado, hoy en un hogar mañana en otro. Eso no es un niño, es un paquete."

Las únicas fuentes de financiación que posee el Hogar Correa-Rius son la doble jubilación de enfermero de Enrique, el aporte de Estela y cuatro pensiones por discapacidad. En una época criaron gallinas y vendieron conservas y dulces hechos con frutas y verduras desechadas por los feriantes. Recién hace poco consiguieron que un quintero les haga precio, y arrancan para la feria barrial con un carrito casero, capaz de apilar ocho cajones.

Hay una institución pública a la que, lejos de criticar, Teresita elogia efusivamente: el Instituto Nacional de Alimentación (INDA). Si no fuera por el surtido de víveres secos que recibe de él, el hogar ya habría cerrado, advierte. "Ellos nos dan los alimentos secos y acá compramos la leche, carne, pan." Las relaciones con el INDA tuvieron, también, sus bemoles. En determinado momento sus funcionarios "invitaron" a Teresita a colocar un cartel del instituto al frente de su casa. Ella se negó y, como consecuencia de la negativa, dejó de recibir la canasta de víveres. Hasta que no fue personalmente al INDA, a replantear la situación, no se la devolvieron. "Esto es una casa de familia, no quería que identificaran a nuestros niños como 'los del comedor'."

Pregunto cómo le llegan los niños, y en la respuesta colabora Andrea. "Nos conocen escuelas y liceos de la zona, las ONG, y cuando un gurí queda desamparado el boca a boca de los vecinos termina dando con nosotros. En el caso de los cinco hermanos huérfanos que entraron el año pasado, primero llegaron tres y ellos mismos fueron a buscar a los otros."

Teresita dice que no tiene profesionales dentro del hogar porque no puede pagarlos, pero que todos sus niños son vistos y tratados por psicólogos, médicos y asistentes sociales en los centros educativos y de salud a los que concurren.

Y ante una serie de interrogantes que le planteo, precisamente, en torno a los aspectos vinculares y psicológicos de su trabajo, responde con una firmeza no exenta de plasticidad. "Soy una mujer práctica, y a pesar de haber sido religiosa me enoja cuando la religión habla de cosas muy elevadas, y olvida lo natural. Lo natural, en todas las facetas de las relaciones humanas, hay que respetarlo. Aquí está todo expuesto para quien guste acercarse, no escondemos nada."

Copyright Brecha Digital * www.brecha.com.uy * Todos los derechos reservados